

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN: LA VIDA DEL HOMBRE Y UNA COMEDIA

La infancia del escritor.

El propio Leandro Fernández de Moratín cuenta en su *Autobiografía*, al recordar sus años infantiles, cómo salió de la escuela: «sin haber adquirido vicio ni resabio particular de parte de mis condiscípulos: no adquirí —indica a continuación— ninguna amistad con ellos, ni supe jugar al trompo, ni a la taba, ni a la rayuela, ni a las alerías; acabadas las horas de estudio recogía mi cartera, y de la escuela, cuya puerta se veía desde mi casa, me ponía en ella de un salto. Allí veía los amigos de mi padre, oía sus conversaciones literarias, adquirí un desmedido amor al estudio, leía a *Don Quijote* y al *Lazarillo*, las *Guerras de Granada*, libro delicioso para mí, la *Historia*, de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales había en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupación y la de ir a ver a mi pobre abuelo, a quien ya reducían los achaques y los largos años a salir muy poco de casa, me entretenían el tiempo, y así pasé —concluye Moratín, con frase en la que acaso hay un temblor de melancolía— los nueve años primeros de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho» (1). (En nuestros días ya, Antonio Machado podrá interrogar: «¿Lamentará la juventud perdida? / Lejos quedó —la pobre loba— muerta. / ¿La blanca juventud nunca vivida / teme que ha de cantar ante su puerta?»).

Estas palabras autobiográficas dicen ya mucho del carácter del escritor. Un amigo suyo de siempre, Juan Antonio Melón, hablaría después de su condición *taciturna* y *reservada* (2).

(1) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*. Tomo III, página 305.

(2) *Obras póstumas...*, III, 377.

Varios de los biógrafos del escritor conceden importancia casi decisiva al hecho de que a los cuatro años sufriera viruelas y quedase marcado de ellas (3). Esta circunstancia explicaría la actitud vital, retraída y esquiva, de Moratín. Junto a tal suposición, cabe, lógicamente, pensar en una natural predisposición introvertida (4).

Y el mismo escritor confesará, en carta dirigida a Francisca Muñoz —uno de los pocos afectos auténticos que tuvo— que ha debido «al favor de Dios... un genio naturalmente dócil y alegre, que le ha prestado resignación y consuelo en las mayores tribulaciones» (5).

La biografía de Leandro Fernández de Moratín, falta de grandes acontecimientos, se nos aparece, en cambio, llena de interés para el

(3) Así, por ejemplo, Manuel Silvela escribe estas palabras:

“A los cuatro años de su edad, le dieron unas viruelas de tal malignidad, que estuvo a la muerte... El estrago que este azote de la infancia hizo en su fisonomía no fue menor que el que causó en su índole. Alteróse notablemente su condición, y siendo antes amable, dulce, festivo con todos, suelto de lengua, vivo e impetuoso, se volvió llorón, impaciente, disputador, tímido y reservado” (en su *Vida de Don Leandro Fernández de Moratín... Obras póstumas*, I, 6); y Joaquín Saura: “En la formación de su carácter influyó mucho la deformación que sufrió su rostro debido a las viruelas que padeció a los cuatro años” (prólogo a su edición del teatro de Leandro Fernández de Moratín, Ediciones Castilla, Madrid, 1952, p. 6); y en la misma idea abunda Joaquín de Entrambasaguas (*El Madrid de Moratín*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1960, pp. 8-10). Unas palabras del propio Moratín autorizan tal suposición: “Tenía yo cuatro años, cuando las viruelas me pusieron a punto de muerte... Quedé feo, pelón, colorado, débil, caprichoso, llorón, impaciente, tan distinto del que antes era, que no parecía el mismo. Mi tía me hacía desesperar a cada instante. Quejas a mi abuela, disculpas de mi tía, discordia, castigos: todo era confusión en aquella casa, y todo lo causaba el maldito humor que adquirí. Fui poco a poco deshaciéndome de él; perdí con las viruelas aquel ímpetu de mis primeros años, aquella seguridad en mis opiniones, aquella facilidad de trato que antes me hacía tan amable; me quedó el talento, y con él un temor de errar en lo que discurría, que me hizo silencioso y meditabundo. En mi casa y entre los míos era alegre y sencillo; pero al presentarse persona poco íntima, hallaba en mí un muchacho reservado y poco social” (*Obras póstumas*, III, 303-304).

(4) Acorde con esto, el profesor Fernando Lázaro sostiene: “Moratín pertenece al tipo psicológico de los sentimentales introvertidos”, y precisa seguidamente: “...Obvio es decir que tomamos esta definición en un sentido caracterológico preciso, y no en su acepción banal que sólo en parte lo recubre” (*Moratín resignado*, en *Insula*, núm. 161, p. 12).

(5) Ob. póst., III, 17.

análisis psicológico. (Hondas sugerencias poseen, en este sentido, los *Diarios* y el *Epistolario* del escritor). Don Benito Pérez Galdós llega a escribir a este propósito que «la vida de Moratín es tan interesante como sus obras» (6). Y sus cartas, para el mismo Galdós, «son el modelo más acabado de literatura epistolar que hay quizá en nuestra lengua» (7).

Aspectos sentimentales.

Sentimentalmente, el primer nombre que aparece en la existencia del escritor es el de Sabina Conti y Bernascone, sobrina —y esposa más tarde— del literato italiano Juan Bautista Conti. A ella dedicó Leandro —según cuenta Silvela— «sus primeros ensayos en el género erótico y las primicias de su culto a Cupido y a las Musas» (8). A este episodio, considerado tradicionalmente como mera anécdota curiosa, ha dedicado en fecha reciente páginas muy sugestivas el profesor Entrambasaguas. Cree éste que el enamoramiento del futuro comediógrafo, y los hechos que se sucedieron —es rechazado por la muchacha, que en cambio, acepta casarse con su tío, Juan Bautista Conti, de mucha más edad que ella—, tuvieron mayor trascendencia de la que hasta ahora se había supuesto, y son los que, en definitiva, determinan la trama de las comedias *El tutor*, *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas*, con esa obsesiva insistencia argumental que, en más de una ocasión, ha extrañado a los historiadores de la literatura (9).

El propio Moratín nos da noticia de otra amorosa alteración suya ocurrida durante su estancia en Inglaterra. (Cuenta, en carta, a su amigo Juan Antonio Melón: «¡Cómo bebo cerveza! ¡Cómo hablo inglés! ¡Qué carreras doy por Hay-Market y Covent Garden! Y sobre todo, ¡cómo me ha herido el ciegozuelo rapaz con los ojos zarcos de una esplieguera») (10).

Pero un solo nombre de mujer, el de Francisca Muñoz, aparece de manera continuada en la vida de Leandro Moratín, como idilio

(6) Benito Pérez Galdós: *Moratín y su época*, en *Nuestro teatro*, Madrid, 1923, p. 28.

(7) B. Pérez Galdós: *Ob. cit.*, p. 30.

(8) M. Silvela: *Loc. cit.*, pp. 7-8.

(9) Entrambasaguas: *Ob. cit.*, pp. 20-23.

(10) *Ob. póst.*, II, 132.

apasionado primero, como una amistad leal que únicamente terminaría con la muerte, después.

En mayo de 1798 es cuando el escritor —que cuenta entonces treinta y ocho años— conoce a Francisca Gertrudis Muñoz y Ortiz, bastante más joven que él, lo cual no es obstáculo para el pronto comienzo de un idilio muchas de cuyas circunstancias detalla el propio don Leandro en su *Diario*. Así, y tal como reprodujo ya Federico Ruiz Morcuende, el 27 de octubre de 1798 —hace, pues, pocos meses que se tratan— Moratín se permite gastarle bromas; al año siguiente, el 6 de junio, lleva a Paquita —junto con la madre de ella— a un palco del teatro de la Cruz; treinta días después —las cosas van más deprisa— se permite ya darle —claro que entre burlas y veras— un beso... Vienen más tarde regalos: un abanico, unos pendientes... (11).

Pero el idilio no va a más. ¿Indecisión acaso de Moratín? El tiempo pasa y, a fines de 1807, Paquita rompe sus relaciones con Leandro. Este, días después, conoce por su inseparable amigo Melón que hay otro pretendiente más afortunado que él. Moratín, al saberlo, llora como un chiquillo. («Paseo con Melón —anota en su *Diario*— en coche, donde me dio noticia de que se casaba Paquita. Lloramos: yo triste») (12).

Sin embargo, no se rompió la relación afectuosa y honesta entre los dos, y Moratín ayudó, moral y económicamente, repetidas veces a Paquita después de su matrimonio. (La lectura del *Epistolario* del escritor es verdaderamente ejemplar a este respecto como muestra de una leal, fidelísima amistad).

Y cuando él tiene que huir de Madrid, por afrancesado, deja todos sus muebles y objetos a Paquita Muñoz. En 1828, a la muerte del escritor, su testamento lega a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando uno de los retratos que le hizo Goya. Paquita, poseedora del mismo, no lo da hasta que recibe promesa de que le entregarán una copia. Homenaje último a un afecto sin mudanza (13).

(11) Ob. póst., III, 253-67.

(12) Ob. póst., III, 298.

(13) El problema de las relaciones entre Francisca Muñoz y Moratín es considerado desde un nuevo punto de vista por Fernando Lázaro: *Moratín en su teatro*, Cuadernos de la Cátedra Feijóo, Oviedo, 1961, pp. 31-32. Sobre los aspectos sentimentales de la biografía moratíniana puede verse también Jose Luis Cano: *Amores de Moratín, Insula*, núm. 161, 1960.

Viajes.

El perfil viajero constituye un aspecto esencial en la personalidad de Leandro Fernández de Moratín. Por gusto primero, por necesidad de desterrado después, el escritor recorrió insistentemente los caminos de Europa.

Una de nuestras mejores novelistas, Emilia Pardo Bazán, escribía en cierta ocasión, en carta dirigida al dramaturgo Enrique Gaspar: «Se necesita salir de España de vez en cuando para traer algo de aire europeo» (14). Ejemplar en este sentido es la biografía del autor de *El sí de las niñas*. Sin embargo, no falta en este turista intelectual de casi todas las rutas europeas el recuerdo —expresado con un como pudor del propio sentimiento que es característico en Moratín— de personas y ambientes madrileños. Así, cuando escribe, desde Francia, a su tía Ana, «la que me llevó —dice— recién nacido desde la calle de San Juan a la parroquia de San Sebastián bendito, y allí me tuvo en la pila para que me bautizaran y me llamasen Leandro» (15).

La soledad final.

Cuando el escritor, cuya existencia se nos aparece hoy falta de impulso personal, dominada casi siempre por las circunstancias, carente de fuerza para imponerse al ambiente que la envuelve, tiene que emprender el camino del destierro por su condición de afrancesado, da comienzo una de las más patéticas, impresionantes soledades de la vida de un hombre. Schack, el historiador alemán de nuestro teatro, afirmaba que, ante la creación dramática de Leandro Fernández de Moratín sentía la misma sensación que ante un paisaje de invierno («Cuando se pasa de repente de los dramas de la Edad de Oro a los de Moratín, se siente la misma pena que cuando nos trasladamos de improviso de un paisaje lozano, lleno de flores, al calor de la primavera, a una región helada y fría en el rigor del invierno») (16)... Terrible soledad de invierno es la que se nos aparece en el fin de los días moratinianos.

(14) D. Poyán: *Enrique Gaspar*. Madrid, 1957. Tomo II, p. 177.

(15) Ob. póst., II, 84.

(16) Conde de Schack: *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, V, p. 356. Madrid, 1887.

De otro escritor de entonces, el más representativo de su tiempo en la poesía lírica, de Juan Meléndez Valdés, también desterrado por su afrancesamiento, cuenta Quintana (17) que, antes de cruzar la frontera, se arrodilló y besó la tierra, exclamando: «¡Ya no te volveré a pisar!». No aparece, en cambio, en nuestro escritor, el menor desahogo sentimental. Sólo de tarde en tarde puede percibirse —adivinarse a veces— el drama de los últimos años de Moratín.

El 18 de julio de 1814, escribe desde Barcelona —adonde ha tenido que marchar desde Valencia—: «Sólo pido un puerto seguro donde desarmar la nave y colgar el timón» (18).

Algunos meses después, en otra carta, aparece idéntica idea: «Quien sólo desea que le dejen vivir en paz, y sólo pide que nadie se acuerde de él...» (19).

El 22 de marzo de 1817, describe así su estado y la habitación en que vive en Barcelona: «En cuanto a creer que estoy gordo a fuerza de salchichones y malvasía de Sitges, dígame que no es verdad. ¿No has oído decir que la bohorina engorda? Pues eso me embarnece a mí y me redondea las quijadas. Figúrate dos viejas sordas, ciegas, dormilonas, torpes, derrengadas, apopléticas y paralíticas, que se levantan, la una a las nueve de la mañana, y la otra a las once y media, y se acuestan, la una a las nueve de la noche, y la otra a las siete de la tarde; que me cuecen en un puchero, a tientes y a ciegas, cuantos trapajos y basura encuentran a mano; que no me han barrido el cuarto desde el mes de octubre; que no hay más gato que yo en toda la casa, y por consiguiente, abunda en ratones, que no se puede sufrir el olor cuando se entra en ella; y verás si careceré de pecina y churre, a falta de salchichones, que no los pruebo, y de malvasía, que ni la compro ni me la regalan» (20).

En 1822 escribe a Paquita desde Burdeos contándole su Nochebuena. «Me habla usted —dice— en su carta, de la sopita de almendra, de las dos ensaladas cocidas, y la cajita de turrón que ustedes

(17) «Antes de entrar en el territorio francés se puso de rodillas y besó la tierra, española, diciendo: “¡Ya no te volveré a pisar!” (José Manuel Quintana: *Noticia histórica y literaria de Meléndez*, en *Bibliot. de Aut. Esp.*, XIX, p. 119).

(18) Ob. póst., II, 209.

(19) Ob. póst., II, 214.

(20) Ob. póst., II, 276-77.

se engulleron en la Nochebuena. Si viera usted qué Nochebuena tan mala que tuve yo, estimaría en más el turrón y las ensaladitas. Toda la noche la pasé sin dormir, sentado, de pie, paseándome, volviéndome a sentar, a oscuras, temblando de miedo, esperando cuándo se caía la casa, y yo quedaba sepultado en sus ruinas. Los últimos quince días de diciembre ha habido un temporal tan deshecho, que, de más de treinta años a esta parte, no se ha visto otro que se le pueda comparar. Un huracán furioso, nubes, truenos, rayos, lluvias, granizo: parecía que toda la ciudad iba a hundirse» (21).

Un sentido de resignación alienta en palabras escritas a Paquita desde Burdeos —destierro definitivo ya— el 14 de agosto de 1824: «El día 10 de este mes —escribe— se han cumplido doce años que salí en un carro, a merced de quien tuvo compasión de mí, abandonando mi casa y mis bienes, con seis duros en la faltriquera por único caudal, y me entregué a la disposición de la fortuna, que en cinco años consecutivos me hizo padecer trabajos horribles; y en verdad que no los merecí. Sin embargo, dos beneficios inapreciables he debido al favor de Dios: el primero, una salud constante, con la cual he podido resistir a tantas miserias y pesadumbres como he tenido; y el segundo, un genio naturalmente dócil y alegre, que me ha prestado resignación y consuelo en las mayores tribulaciones. Salí de ellas con vida y con mayor conocimiento del mundo que el que antes tenía; tomé la única resolución que podía convenirme; y al cabo de siete años que determiné no vivir en compañía de locos y pícaros, todavía no he tenido motivos de arrepentirme de mi resolución. Así vivo tranquilo, oscuro, estimado de los muy pocos que me conocen, gozando de aquella honesta libertad que sólo se adquiere en la moderación de los deseos. Ni aspiro a más, ni espero recuperar lo que me han robado (que es imposible); perdono a los que me han ofendido, y toda mi ambición se reduce a poder continuar con lo poco que he podido salvar de tan deshecha tormenta, y acabar en paz el curso de mi vida, que ya es tiempo de que termine» (22).

En 1825, cuando todavía ha de vivir Moratín tres años, se expresa así: «...¿Placeres positivos? Se acabaron ya para mí. Así voy pasando lo poco que me queda de esta triste vida; y en cuanto a la in-

(21) Ob. póst., II, 391.

(22) Ob. póst., III, 16-17.

mortalidad de la gloria póstuma, usted y yo y el cardenal Mazarino, Cervantes y Voltaire, Mariblanca y el caballo de bronce, todos disfrutaremos por partes iguales de aquella dulce satisfacción que empieza cuando acabamos de existir» (23).

Desde Burdeos marcha a París. Aquí la amistad de Silvela —amigo ejemplar— endulza los días finales de la vida del escritor. Y por fin, el 21 de junio de 1828, la muerte. Moratín es enterrado en el cementerio del Père La Chaise, entre las tumbas de Molière y La Fontaine. Allí yace hasta 1857, en que gracias a una sugerencia de Ventura de la Vega— es trasladado a tierra española, en unión de los restos de Meléndez Valdés y de Donoso Cortés, para el descanso ya definitivo.

Prerromanticismo.

El nombre de Leandro Fernández de Moratín puede ser colocado junto al de varios escritores más que, en la segunda mitad del siglo XVIII, marcan la transición desde el neoclasicismo al romanticismo, a través de una prolongada sucesión de preludios e insinuaciones prerrománticos. Grupo —mejor que generación— del que forman parte Cadalso, nacido en 1741; Jovellanos, nacido en 1744; Meléndez Valdés, en 1754...

Si los aspectos románticos —en la vida y en la obra— de estos escritores son, en general, bien conocidos, menos destacados han sido hasta ahora, los análogos caracteres románticos que, indudablemente, viven también en la creación moratiniana.

Pueden apreciarse esos caracteres, por ejemplo, en algunos de sus versos. Obsérvese, en este sentido, el léxico y la inspiración de los versos siguientes, de la Oda dedicada a la muerte de José Antonio Conde:

¡Te vas, mi dulce amigo,
la luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
en el estrecho límite,
mudo tu cuerpo está!

(23) Ob. póst., III, 61.

Y a mí, que débil siento
 el peso de los años,
 y al cielo me lamento
 de ingratitud y engaños,
 para llorarte, ¡Mísero!
 largo vivir me da.

... ..

La parca inexorable
 te arrebató a la tumba.
 En eco lamentable
 la bóveda retumba,
 y allá en su centro lóbrego
 sonó ronco gemir

... .. (24)

Y «una fusión, [...], del sentido neoclásico de la grandeza monumental romana, añorada en versos solemnes, junto con la melancolía prerromántica que sugieren las ruinas, envueltas en oscuridad y silencio, se da en la *Epístola II a Don Gaspar de Jovellanos*», en opinión de Joaquín Arce (25).

De acusada factura romántica es la descripción que el escritor hace de la fuente de Valclusa, vista por él en uno de sus viajes: «He ido a ver la fuente de Valclusa, que ha hecho tan famosa en el mundo el amante de Laura. Un valle delicioso, rodeado en semicírculo por una cadena de montes; un risco muy alto, desnudo, hórrido, con una gran caverna en la parte inferior, de donde nace el Sorga, torrente de aguas que se precipita entre peñascos enormes, que las lluvias y los vientos han desprendido de aquellas cumbres. Ya navegable a corta distancia de su nacimiento, tuerce su curso por unas pequeñas vegas, en donde la verdura eterna que las cubre, la fragancia y frescura de plantas y flores, el canto de las aves, el viento que espira suavemente entre las hojas de los árboles, la tremenda soledad del bosque, y el rumor incesante de las aguas, que asorda el valle y retumba en la concavidad del monte, todo inspira una melancolía deliciosa, que se siente y no se puede explicar» (26).

Todo es romántico en este texto: el léxico, la adjetivación, la referencia al sentimiento que despierta el paisaje, la proyección espiri-

(24) *Bibliot. de Aut. Esp.*, II, 592-93.

(25) *Jovellanos y la sensibilidad prerromántica*, BBMP, XXXVI, 143 nota.

(26) *Ob. póst.*, II, 91.

tual de éste. Y, ¿no hay acaso en la referencia a esa «melancolía deliciosa, que se siente y no se puede explicar», un eco de la doctrina feijoniana del *no sé qué*, que ya Menéndez Pelayo consideraba como «un verdadero manifiesto romántico» (27).

Y hondamente significativo es, sin duda, el que Moratín se decidiera a trasladar a nuestra lengua *Hamlet*, uno de los más representativos dramas de Shakespeare, aun sin olvidar los reparos que nuestro comediógrafo oponía a la obra del autor inglés (28).

Pero si estos ejemplos, —entre otros que podrían buscarse— sólo tienen un alcance parcial, la mejor creación moratiniana, su comedia *El sí de las niñas*, puede considerarse —se ha afirmado— como *nuestra primera obra romántica*.

El estreno de «El sí de las niñas».

Cuando Moratín estrena, el 24 de enero de 1806, en el Teatro de la Cruz de Madrid, *El sí de las niñas*, el éxito de la obra es enorme: el mayor alcanzado hasta ese momento por el escritor. Duran las representaciones hasta la llegada de la Cuaresma, en que, como es costumbre entonces, se cierran los teatros (29).

Aunque la obra se estrene en esa fecha, estaba escrita con bastante anterioridad: en 1801 su autor había hecho ya una lectura de ella ante un grupo de amigos.

(27) M. Menéndez Pelayo: *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo V, Madrid, 1903, p. 14.

(28) Como muestra del juicio que merecían a Moratín las obras de Shakespeare, véanse estas palabras suyas escritas a propósito de la tragedia *Julio César*: “Nada contuvo la desordenada fantasía del autor en esta pieza; todo lo pintó, todo lo dijo: su estilo sigue el mismo desorden del plan; defectos sin número en uno y otro, y en medio de estos defectos, bellezas admirables. En los caracteres de Bruto, de Cassio, de Porcia, de Calpurnia, de Marco Antonio, manifestó Shakespeare su exquisita sensibilidad y la fecundidad y robustez de su talento. Hay escenas tan bien imaginadas, tan felizmente escritas, que bastan a disculpar el entusiasmo con que se oye en los teatros de Inglaterra una pieza tan irregular, dictada sólo por el ingenio, y sin los auxilios que presta el arte” (Ob. póst., III, 179).

(29) “*El Sí de las Niñas* se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la más estimable, no cabe duda en que ésta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veintiséis días consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros, como

¿Autobiografismo?

Estas precisiones cronológicas son de sumo interés porque el argumento que Moratín desarrolla en su comedia hace pensar, inmediatamente, en la vida del propio escritor, y de manera especial en sus relaciones con Paquita Muñoz: circunstancias semejantes, hasta el mismo nombre en la protagonista... De ahí que se haya insistido en el valor autobiográfico de esta obra. Así, Pérez Galdós pudo escribir: «No es todo invención en esta comedia; él mismo fue su Don Diego, y aquel acto de renunciar a su novia, sacrificando un amor tardío en el altar de la juventud, fue suceso auténtico en la vida de don Leandro, como se ha probado después, y suceso de tal trascendencia, que quizás arranca de él la amargura y desabrimiento del poeta en el último tercio de su vida» (30). Sin embargo, la suposición del novelista no puede ser admitida, de modo íntegro al menos, ya que la comedia fue compuesta por Moratín antes de que su idilio con Paquita Muñoz alcanzara el desenlace.

¿Fueron entonces, como quiere Entrambasaguas, los amores con Sabina Conti los inspiradores reales de *El sí de las niñas*? Las semejanzas son claras. Pero, junto a estos factores humanos, no pueden olvidarse las abundantes fuentes literarias temáticas que el comediógrafo tuvo, sin duda, en cuenta, desde *Entre bobos anda el juego*, de Rojas Zorrilla (31), hasta una comedia de Marivaux, pasando por diversas reminiscencias sueltas (32).

era costumbre. Mientras el público de Madrid acudía a verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunión de personas ilustres e inteligentes se anticipaba en Zaragoza a ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobación de cuantos fueron admitidos a oírla. Entre tanto se repetían las ediciones de esta obra: cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la común curiosidad de leerla, excitada por las representaciones del teatro" (*Bibliot. de Aut. Esp.*, II, 418).

(30) B. Pérez Galdós: Ob. cit., p. 28. Anteriormente, Patricio de la Escosura (*Moratín en su vida íntima, La Ilustración española y americana*, XXI, 1877) había lanzado ya la suposición de que *El Sí de las Niñas* era reflejo de las relaciones sentimentales entre Paquita Muñoz y Moratín.

(31) Vid. Federico Ruiz Morcuende: prólogo al *Teatro de Moratín*, en *Clásicos castellanos*, vol. I p. 63, Madrid, 1924.

(32) J. F. Gatti (*Moratín y Marivaux*, R. F. H., III, 1941, pp. 140-149) ha señalado la semejanza de la comedia moratiniana con una del escritor francés titulada *L'école des mères*.

Neoclasicismo.

La comedia, externamente, se ajusta a la más rigurosa ortodoxia neoclásica. Las tres unidades son respetadas de una manera estricta: un solo lugar para el desarrollo de la acción, la cual, según Moratín se cuida de advertir, «empieza a las siete de la tarde y acaba a las cinco de la mañana siguiente».

Y el sentido docente, el afán didáctico. No en balde el escritor, al dar su concepto de comedia, la había considerado como «imitación en diálogo (escrito en prosa o verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual y de la oportuna expresión de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud» (33).

Y con esta absoluta fidelidad a las doctrinas que profesaba, Moratín alcanza el mejor acierto, en *El sí de las niñas*, de la estética neoclásica, con una perfección que justifica el que, hasta nuestros días inclusive, el juicio de críticos e historiadores, con unanimidad absoluta, haya considerado esta comedia como obra perfecta y la culminación, desde luego, junto con la *Comedia nueva o el café*, del teatro del escritor.

Un juicio de Larra.

En 1834, es decir, en fecha que coincide con la máxima temperatura romántica, uno de los críticos más inteligentes de la literatura española, Mariano José de Larra, asiste a una representación de *El sí de las niñas* y escribe seguidamente un comentario sobre la misma que aparece en la *Revista Española*, el día 9 de febrero, y que es acaso, todavía, el mejor, más penetrante estudio acerca de la obra. En él encontramos estas palabras: «*El sí de las niñas* ha sido oído con aplauso, con indecible entusiasmo, y no sólo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado también, y hemos reverdecido con nues-

(33) *Bibliot. de Aut. Esp.*, II, 320.

tras lágrimas los laureles de Moratín, que habían querido secar y marchitar la ignorancia y la opresión» (34).

¿Qué poseía —podemos preguntarnos— la creación moratiniana para hacer brotar así las lágrimas románticas?

El triunfo del sentimiento.

Ortega ha dicho, agudamente, del romanticismo, que éste, «germinado en las postrimerías del siglo XVIII, significa en la historia el triunfo del sentimiento» (35).

Y esta es, precisamente, la gran sorpresa, la gran paradoja de *El sí de las niñas*: que esta obra, máximo logro de la estética neoclásica, es ya —al presentar el triunfo del sentimiento— una creación romántica, «nuestra primera obra romántica», como ha afirmado «Azorín» en un breve artículo lleno de finas sugerencias (36). La misma idea ha sido formulada o insinuada, de manera más o menos tajante, por Valbuena Prat (37), Díaz-Plaja (38), Saura (39) y Entrambasaguas (40).

Sin embargo, no hay unanimidad absoluta de pareceres sobre este punto. Y así, Joaquín Casaldueiro, en un estudio acerca de la come-

(34) *Artículos de crítica literaria y artística*, vol. II de la edición de Clásicos castellanos, Madrid, 1923, pp. 133-34.

(35) *Para un Museo romántico*. En *El Espectador*, VI, 85.

(36) *El Sí de las Niñas*, en el diario "ABC" de 11 de febrero de 1957. El mismo "Azorín" había escrito ya en 1916 estas otras palabras: "Moratín hizo comedias clásicas, aliñadas y simétricas; en ellas había un fondo de realismo, de neto y castizo realismo, que ya era mucho de la futura substancia romántica" (*Rivas y Larra*, Madrid, 1916, p. 11).

(37) "...Una acción en que se unen las gracias del Molière español con una leve melancolía, musical, esfumante, de hombre que prevé el romanticismo..." (*Historia de la literatura española*, III, 97); "La obra perfecta que anuncia el sentimentalismo romántico" (*Historia del teatro español*, Barcelona, 1956, p. 470).

(38) "Caracteriza esta obra... y el triunfo del sentimiento sobre la autoridad. En este sentido diríamos que *El Sí de las Niñas* es una obra prerromántica" (*Historia de la Literatura española*, Barcelona, 1943, p. 269).

(39) "*El Sí de las Niñas* nos interesa... porque en el alegato de Moratín en favor de la libertad personal, en el alerta al autoritarismo y en el reconocimiento de los derechos del amor y de la juventud, puede verse una nota de prerromanticismo..." (L. F. de Moratín: *Teatro*. Ed., prólogo y notas de Joaquín Saura. Ediciones Castilla. Madrid, 1952, pp. 37-38).

(40) Ob. cit., p. 23-24.

dia cree que en ella lo que triunfa es la razón, en cuanto que don Diego da la solución más «racional» al conflicto planteado en *El sí de las niñas* (41).

No nos parece acertado este último parecer. Si en *El sí de las niñas* triunfa una razón es la del sentimiento, las razones del corazón. Y esto no sólo en la idea general que queda flotando, triunfante, al concluir la comedia, sino en determinados pasajes concretos. Uno de ellos es ejemplar a este propósito. Es en la escena décima del acto tercero, cuando don Diego —decidido ya, aunque todavía no lo haya manifestado, a renunciar a su proyectado matrimonio— quiere comprobar definitivamente si el amor de su sobrino, don Carlos, por Paquita, es tan auténtico como parece. Dice, entonces, don Diego:

—«Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que a ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano...».

Ante estas palabras —indica la acotación marginal de Moratín— levántase don Carlos, mas quien se ha puesto en pie, podríamos añadir nosotros, es, ya, el Romanticismo.

—«Pero no el corazón», exclama don Carlos, y las palabras suyas que brotan a continuación no sonarían extrañas en la más cálida temperatura romántica:

—«No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente».

¿Será acaso exagerado afirmar, después de recordadas estas palabras, que estamos ante el Romanticismo?

(41) "En este mundo ordenado, claro y preciso, florece un sentimiento natural, el cual se hace lacrimoso en el 2.º acto y patético en el 3.º para conducirnos al desenlace feliz que la razón humana crea" (*Forma y sentido de "El Sí de las Niñas"*, N.R.F.H., XI, 1957, 38-39).

Vida y literatura.

Y en este momento —punto culminante de la comedia—, ésta ofrece distintos rumbos, diversas posibilidades. Y Moratín elige la generosidad. Apuntábamos antes las sugerencias autobiográficas de la comedia. Por lo pronto, don Diego tiene mucho —no hay duda en ello— del propio Moratín, no sólo como reproducción de unos hechos, sino lo que es más importante, de una ideología. Acaso acontece lo mismo con determinados perfiles de don Carlos. (No tiene por qué sorprender este desdoblamiento del espíritu del autor en dos personajes diferentes). Y el escritor, incapaz, en su real peripecia biográfica, de extremas decisiones, de grandezas, aunque ello le traiga al final de sus días su larga, fría soledad, quiere ahora, ya que en la vida vivida no lo logró, que en la vida soñada de la literatura sus personajes sean felices. Hacer felices a los demás, es, también, una manera de serlo uno mismo. Y don Diego —Moratín— alcanza la grandeza de la renuncia y de la generosidad. Esta es la gran lección de la comedia. Una lección no neoclásica sino de todos los tiempos. La obra, que comienza planteando un problema social (42) —circunscrito, pues, a un momento determinado de la sociedad—, el problema de la educación de las jóvenes, alcanza a su fin una dimensión moral de permanente eficacia didáctica. Y sobre todo, Dios en las palabras de don Diego que cierran la comedia: —«Hijos, bendita sea la [bondad] de Dios».

No será inexacto, pues, como conclusión última a este artículo, considerar que si la comedia moratiniana posee un puesto de excepción, por sus valores absolutos, en nuestro teatro, sus valores románticos le conceden, además, una especialísima significación en la historia literaria española.

JOSÉ MONTERO PADILLA

(42) Cfr. Mariano José de Larra, loc. cit., p. 131.